

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 22 de Agosto de 1879.

LA BIBLIOTECA NACIONAL.

(AVENTURAS Y DESVENTURAS.)

Como me rio yo de los extranjeros y aun de los indígenas (sin que esto de indígenas se tome en el sentido de salvajes como un ilustrado escritor acostumbra á hacerlo); como me rio yo de unos y de otros, cuando cándidamente se figuran que tenemos en Madrid una Biblioteca Nacional.

Cierto que hay un edificio que lleva este nombre, no lejos de la plazuela de Oriente; cierto tambien que en el interior de este edificio dicen que hay modestas estanterías, albergue de numerosos cientos de libros; que hay empleados con sus correspondientes sueldos, que hay un director, que diariamente hay horas de lectura... pero estas son hablillas de los desocupados; particularmente eso de las horas de lectura, crean Vds. que es pura murmuración. Un amigo mio — y no atestiguo con muertos — ha pasado tres largos años de su vida á caza de un libro que debe de existir en la Biblioteca, que seguramente existe, porque aunque me lo digan frailes descalzos, yo no creeré nunca que las obras de Champollion, padre é hijo, sobre el Egipto, no han llegado nunca á publicarse y aun á almacenarse en nuestro primer establecimiento literario; pues bien, este amigo mio no ha logrado todavía su objeto y ha tenido que renunciar generosamente «á la mano de doña Leonor.»

Y para que no crean Vds. que exagero, voy á referirles sus aventuras. Pero vamos por partes.

Ante todo, para pedir un libro en la Biblioteca es necesario ser más sabio que Salomón. Es indispensable saber, sin que falte punto ni coma, el título del libro, nombre del autor, año de la edición, etc.

Muchas veces le ocurre á Vd. que, aun sabiendo, como es natural, qué clase de materia vá á ser objeto de su consulta, ignora qué autores se han ocupado en aquel asunto. Es Vd. bailarín, por ejemplo, y desea estudiar un «arte de filosofía locomovil sobre las piruetas»; pues bien, como antes no ponga en el papelito «arte ó tratado de esto ó de lo otro, escrito por Fulano, edición de tal año,» se queda con la gana de leer el libro. ¿Es esto lógico?

Volvamos ahora á las aventuras de mi amigo. Un día — hace muchos años — llegó á la Biblioteca, lleno de ilusiones sobre la facilidad con que allí se pudiera leer la obra que se necesitaba; puso su correspondiente papeleta, que de esto ya iba entera-

do, y penetrando en el salón, camina que camina por aquella larga crujía, llegó á una mesa y entregó su papel á un empleado. Miró éste la papeleta, y despues de un rato de meditacion, le dijo á mi amigo: — «Valla Vd. á la otra mesa, que allí le darán el libro.» — Cogió el pseudolector su equipaje; esto es, el sombrero, el bastón y la papeleta, y corre que corre, al cuarto de hora llegó al otro extremo de la sala. — ¿Qué es eso? — Me han dicho que venga aquí — ¿Se lo han dicho á Vd.? — Sí señor. — Pues tiene Vd. que volver allá, y que vean el indice. — Usted dispense. — El vi- jero emprendió otra vez su camino y á la media hora, ya estaba en la regilla del indice. — ¿Hace Vd. el favor de buscar este libro? — Venga la papeleta... — Ahora si que vá de veras, dijo mi amigo.

Pasaron cinco minutos, diez minutos...

Mi amigo, no podia detenerse más de media hora, porque tenía sus ocupaciones; así es, que mientras revolvi en las cartulinas del indice, arrancábase las guías del bigote y bailaba como sobre áscuas. — ¿No parece ese libro?... — ¿Le es á Vd. igual el que trata de los viajes de Donon á Egipto? — No, no señor; Champollion. — Pues lo que es Champollion... ¿Quiere Vd. el «Setos?...» — Lo siento mucho, pero lo que es Champollion. — ¿Pues no lo hay? ¡Como! ¡Es extraño! — Véelo usted mismo. — Efectivamente, mi amigo pudo convencerse, de que, por lo ménos en aquel casillero, no estaba lo que buscaba. La culpa, pues, no era del empleado. — Sin embargo, dijo éste, ese libro debe existir entre las antigüedades que se están arreglando ahora.

Que lo busquen en esta estantería. — Y puso dos números en la papeleta.

Otra vez á la mesa de afuera. — No, no es aquí, eso al otro lado. — Otra vez al otro lado... Mi amigo estaba rojo de vergüenza; todos los concurrentes al salón, lo miraban de un modo particular, como si quisieran decirle: — «Oiga usted, á pasear se vá al Campo del Moro. — Sonó el reló; eran las dos y media. El cazador desgraciado de Champollion, habia ido á las doce con ánimo de salir á la una, lo más tarde. Apretó el paso para cruzar cuanto antes el inmenso sahara de aquel salón y llegó por fin á la opuesta frontera. El empleado tomó la papeleta, miró el número y entróse por una puertecilla, diciéndole: — Dificil es esto, porque ahora se está arreglando.

Paso un rato, oyóse nuevamente el reloj...

Faltaba un cuarto de hora para las tres...

El tiempo seguia deslizándose sin preocuparse de las angustias de mi amigo.

¡No hubo nunca Abelardo, que con tal ansia esperase el momento de ver á su Eloisa! Abrióse, por fin, la portezuela; apareció el empleado con un libro en la mano... — ¡Ah! ¡por fin! — No, no es Champollion, pero á ver si le sirve á V. este... — Veamos... — Extendió mi amigo la mano, y se quedó con ella en el aire... ¡Unal... ¡Dios!... ¡tres... Tiliu, tiliu tiliu... Son las tres y se cierra, por hoy, la Biblioteca!

Otras veces, mi amigo ha ido corriendo á la Biblioteca, y al llegar se ha dado con la puerta en las narices. — ¿Pues qué es esto?... — Hoy es fiesta... ¿Cómo fiesta?... — Sí, señor; San Juan. — ¿Pues no es una de las suprimidas?... — Aquí no se suprime nada de eso. — En otras ocasiones, el portero le ha contestado: — ¿No ve Vd. que estamos en Agosto? — Bien, ¿y qué? — Que hasta Setiembre está cerrada la Biblioteca. — Pues no lo comprendo; cabalmente, los que en Agosto nos quedamos en Madrid somos los que no tenemos dinero, y como consecuencia hemos de acudir á este establecimiento. — Pues durante la canícula esto está cerrado. — Ya lo veo. Y mi amigo, mohino y cabizbajo, se ha retirado de aquellos lugares, prometiendo muy formalmente no volver nunca á un establecimiento, cuyo estado normal es la clausura, y que, cuando por rarísima excepcion está abierto, reclama por sus especiales condiciones que el concurrente vaya bien pertrechado de paciencia... y de velocidad para viajar de un lado á otro.

De tal desbarajuste no culpa seguramente mi amigo á los empleados de la Biblioteca, personas ilustradas y que muestran gran interés en servir al público. El mal, parte de más alto; es un vicio de organización que está pidiendo una completa reforma en dicho establecimiento; pero, sea como sea, el caso se reduce á que tenemos una Biblioteca de puro lujo, una «Biblioteca nacional,» á la que puede aplicarse la cláusula del jocoso testamento, que dice.

— Item: — Dejo un barril de vino moscatel... pintado en la pared.

A. SANCHEZ RAMON.

Miscelánea.

Del «Echo du Nord» tomamos los siguientes curiosos detalles relativos al viaje aéreo que los señores Desmarest y Jovis, miembros de la Academia aereostática-meteorológica de Francia, han realizado desde Lille á la frontera holandesa.

A las cuatro de la tarde soltóse al globo las amarras; reinaba el Sudo-

este y á su impulso dirigióse el mongolfier hacia Bélgica.

Su velocidad era rápida; pero su marcha no guardaba la línea recta.

Despues de haber trazado varios ángulos cruzó sobre Roulérs, siendo su paso saludado con varias salvas de artillería.

A las siete menos cinco minutos estaba á la vista de Bruges y á las siete tomaba tierra en los alrededores de Coolkerke, á pocas leguas de la frontera holandesa.

El descenso fué rápido y la duración del viaje de tres horas.

La cantidad de marfil que anualmente importa Inglaterra, se eleva á 650.000 kilógramos, 350.000 de los cuales son empleados para las necesidades interiores.

«Caballo nadador.» — A consecuencia de una apuesta sobre cuyos resultados estaban las opiniones muy divididas, segun cuenta «El Phary» de París, un caballo perteneciente á Kerneur, hijo y guiado por el mismo, unido á un «tilbury» ligero y ocupado por dos personas de buen peso, ha efectuado el trayecto de 100 kilómetros, de un tirón, en cinco horas y cuarenta y nueve minutos. Se ha estimado que solo ha empleado en las tres paradas que ha hecho para descansar y refrescar la boca del caballo, de unos ocho á diez minutos. Igualmente se observó que el conductor tenía la precaucion de hacerle subir todas las guías al paso.

Segun la apuesta el trayecto debia efectuarse en seis horas, habiendo quedado recorrido en once minutos menos.

El vencedor es un caballo castrado, de cinco años, un metro cincuenta y siete centímetros de alzada, criado en las cercanías de Nantes, de padres importados de Irlanda. La prueba se efectuó desde las tres á las nueve de la tarde, con tiempo seco. El animal no tuvo necesidad de abstencion alguna durante el trayecto á su llegada andaba aun al galope sin cansancio alguno, con un paso de tres minutos diez segundos por kilómetro.

Disputaban varias personas sobre cuáles eran los mejores medios para librarse de los peligros de una espalacion ó chispa eléctrica en momentos de tormenta.

— La mejor manera de aislarse, decia uno, es colocarse en un banquillo con piés de cristal.

— No señor, decia otro, lo más conveniente es forrarse de seda, y colocarse sobre otra tela tambien de seda.

— De ninguna manera, replicaba un tercero, para estar aislado no hay cosa más segura que meterse en un baño ó dentro de un fanal...